

EL SISTEMA DE PARTIDOS EN LA REPUBLICA FEDERAL DE ALEMANIA

Unas palabras sobre la historia de los partidos. Su componente tradicional se halla, desde luego, muy mermado, pero no ha desaparecido enteramente. Existen partidos desde hace más de ciento veinticinco años. Los primeros programas partidistas pueden ser denominados filosofías de partido. Las doctrinas de los partidos emanan de una determinada idea del hombre, pero se orientan hacia determinadas situaciones de intereses, por lo cual los principios programáticos se fundan sobre todo en la organización estatal, los propósitos del Estado y la relación entre el Estado y el individuo. Dichos principios se denominaban ideologías partidistas, hablándose, en consecuencia, de partidos ideológicos, o basados en concepciones del Universo. Los programas de los partidos se modificaban constantemente según las necesidades y las circunstancias. En el Imperio hubo fundamentalmente cinco partidos, que cabe encuadrar en un sistema constituido por tres grupos. A la derecha figuraban los viejos conservadores y el grueso de la nobleza, de la gran propiedad inmobiliaria, del oficialato y el funcionariado, así como el clero protestante y los liberal-conservadores con el grueso de la burguesía culta y acomodada.

En posición intermedia estuvieron, en tiempos, el centro, el partido de los católicos de todas las clases sociales, que era, además, el único partido popular del Reich, cuyo Gobierno era predominantemente protestante (un 60 por 100 de la población era protestante; un 40 por 100, católico), y con él, los liberal-demócratas, con el grueso del comercio y la Banca, así como de la pequeña burguesía y una fracción de los intelectuales. A la izquierda se hallaban los socialdemócratas, que constituían primordialmente un partido obrero.

Era un sistema cuyas secciones integrantes se delimitaban recíprocamente. Las disparidades sociales entre burguesía y trabajo eran muy agudas; asimismo acusadas las confesionales entre protestantes y católicos. Los conservadores eran monárquicos estrictos y partidarios de una política exterior, enérgicamente expansionista. Monárquicos condicionales, inclinados a una

acción parlamentaria, escépticos frente a la política exterior expansionista, eran el centro y los liberaldemócratas; enemiga declarada, tanto de la Monarquía como de una política exterior de fuerza, la socialdemocracia. De actitud marcadamente eclesiástica, si bien en el terreno de las diferentes confesiones, eran los conservadores y el centro. La socialdemocracia era resuelta enemiga, por principio, de las Iglesias vinculadas a la Monarquía, mientras los liberaldemócratas combatían una política cultural dominada por las Iglesias. El orden social establecido, basado en la estructura económica capitalista, era reconocido, en principio, por todos los partidos, salvo la socialdemocracia, que entonces aún propugnaba su programa revolucionario en el sentido de Marx.

El sistema de grupos, con los cinco partidos, se mantuvo también, tras la revolución de 1918, en la I República (*Reichsrepublik*), que, en general, a diferencia de la República Federal (*Bundesrepublik*), suele denominarse «de Weimar». por el lugar de celebración de su Asamblea Constituyente; pero con una alteración decisiva: los conservadores eran enemigos; el centro, los demócratas y los socialistas, partidarios y detentadores de la nueva Constitución democrática. Los conservadores exigían una política exterior firme, sobre todo contra el Tratado de Versalles, que había puesto fin a la primera guerra mundial en 1919, abrumando gravemente a Alemania; en tanto que el centro, demócratas y socialistas —los partidos republicanos— propugnaban un curso más precavido de rectificación del Tratado de paz. De tal modo, disparidades político-interiores y político-exteriores delimitaban a la par los frentes entre los partidos. Empero, a sus espaldas se hallaba el antagonismo social, la pugna en torno a restauración o progreso, en la que ambos términos designaban tan sólo una preferencia, o tendencia, a un sistema democrático o autoritario. Los partidarios de la democracia querían, en interés de la estabilización del cimiento democrático, evitar riesgos exteriores. Los adversarios, a quienes se hallaban próximos los militares, veían en los conflictos de política exterior, y aun sólo ya en la posibilidad de que pudieran presentarse, oportunidades de una concentración de poder gubernamental en manos de los militares, conservadores a su vez, y con ello, perspectivas de restauración.

A los cinco partidos se unieron a comienzos de los años veinte los nacionalsocialistas de Hitler, reclutados mayoritariamente en los círculos de la clase media, a la derecha de los conservadores, y a la izquierda de los socialdemócratas, el partido obrero comunista, totalmente dependiente de Rusia, que con motivo de la crisis económica tuvo un copioso aflujo de miembros procedentes de las masas de parados, en rápido aumento.

Objetivo de ambos partidos totalitarios era el dominio único, en forma de

dictadura. Ambos partidos radicales, partidos de *cuadros*, con rígida organización militar y apoyo de masas, escindieron a izquierda y derecha el frágil sistema pentapartidista de la I República durante la gran crisis económica de los años treinta.

El mero derecho electoral fomentaba asimismo la constitución de pequeños partidos que dificultaban mucho la formación y funcionamiento del Gobierno. Entre conservadores y centro había numerosos pequeños partidos, de clase e intereses mayormente. En 1932 habían presentado diputados a las elecciones parlamentarias más de 30 partidos. La amplia clase media, que con la inflación y la estabilización monetaria de 1923 había perdido casi por completo sus bienes —ahorros— y que, además, se sentía amenazada por la creciente concentración en la industria y el comercio, así como en las organizaciones sindicales, tendía, resentida y angustiada por su *déclassement*, al radicalismo de derechas.

La socialdemocracia había sido anticomunista en la revolución de 1918, y ha seguido siéndolo. Por ello ha afirmado su independencia frente a los comunistas. La política del comunismo en la Rusia soviética le ha obligado a moderar sus objetivos programáticos, que en el Imperio eran revolucionarios todavía, aunque a lograr por medios legales; pero sin renunciar a ellos por completo, sino, antes, a la propia responsabilidad política en la República de Weimar, en la cual fuera el mayor partido político democrático y el más fiel detentador de la democracia parlamentaria. A los conservadores, para una alteración autoritaria de la Constitución democrática, cosa que no pudiera haberse hecho, salvo por medios pseudolegales, les faltaba el dirigente carismático que atrajera a las masas. Este lo tenían los nacionalsocialistas en Hitler. Aunque los conservadores desconfiaban sobremedida de los nacionalsocialistas, y hasta los despreciaban, ayudaron a Hitler a trepar al Poder, en la esperanza de que las circunstancias económicas darían con él al traste, dejándoles el puesto libre. Hitler, no obstante, tras la conquista del Poder, se zafó de ellos.

La socialdemocracia fué el único partido de masas totalmente organizado que se apoyaba en un Sindicato igualmente bien estructurado: el socialista. Disponía de las aportaciones de sus miembros y obtenía subvenciones electorales del Sindicato. A los partidos burgueses les inspiraba, empero, desconfianza, pese a sus objetivos relativamente moderados, justamente en razón de la sustancia de su programa. Todos los restantes partidos eran constelaciones de «figuras», en especial los liberales. Tenían por base Comités locales y eran costeados primordialmente con donativos de los círculos económicos. El fundamento del centro eran las agrupaciones católicas de todo gé-

nero, que en su mayor parte se hallaban regidas o fuertemente influenciadas por eclesiásticos. Estos eran también los funcionarios locales del partido. Los obreros católicos se hallaban organizados en el Sindicato Cristiano, que reunía a los adeptos de ambas confesiones. En 1919 se separó del centro dicho grupo en Baviera, segundo Estado federado en extensión, predominantemente católico. Se denominó *Bayerische Volkspartei* y se inclinaba hacia los conservadores, dejando a salvo la solidaridad confesional.

Hitler había prohibido en 1933 todos los partidos, para que sólo el suyo tuviese el dominio. Los Sindicatos fueron disueltos por él y las Iglesias habían sido objeto de persecución. Mas el terror que había desplegado trajo consigo la cohesión de sus adversarios.

Tras el derrumbamiento de 1945 se crearon nuevos partidos, para lo cual hubo de contarse invariablemente con el beneplácito de los aliados. Por de pronto, surgieron cuatro partidos: los cristiano-demócratas (Unión Cristiano-demócrata), los demócratas libres (Partido Demócrata Libre), la socialdemocracia (Partido Socialista Alemán) y los comunistas (Partido Comunista Alemán). De estos cuatro partidos han sido los tres primeramente citados los únicos que se han mantenido.

Los conservadores quedaron descartados para la creación de un partido por haber ayudado a los nacionalsocialistas en su advenimiento al Poder. La socialdemocracia —el partido de masas mejor organizado y el único de tendencia no radical con anterioridad a 1933, que había conservado importantes restos de su antigua organización, así como una parte de su plantel de directivos— resurgió rapidísimamente bajo la dirección de Kurt Schumacher. El nuevo Partido Socialista Alemán constituye la prosecución del antiguo partido tradicional, y como tal, el único. Desistió de sus marcadas tendencias anticlesiásticas; pero, por otra parte, siguió siendo enérgicamente anticomunista. Suavizó sus antiguos principios programáticos, sin establecer, de momento, innovaciones en los mismos. En lo sustancial pretendían mantenerse como partido obrero, pero sobre todo atraer hacia sí a la pequeña burguesía. El lema de Schumacher fué: ni democracia sin socialismo ni socialismo sin democracia.

Sectores del gran partido católico de otros tiempos —el centro—, entre ellos, muchos representantes de los trabajadores católicos, procedentes de los Sindicatos cristianos, se unieron con cristiano-sociales evangélicos, conservadores moderados, liberal-demócratas, así como con protestantes hasta entonces no afiliados a ningún partido, y formaron conjuntamente la Unión Cristiano-demócrata. El término «cristiano» en la denominación del partido serviría para designar por primera vez la fusión supraconfesional de católicos y protestantes. La Unión Cristiano-demócrata debería abarcar, ateniéndose al

modelo del antiguo partido centrista, la totalidad de los estamentos y constituir un partido que acogiera a católicos y protestantes, situado a la derecha de la socialdemocracia, o sea un partido populista. Se quiso formar aparte un partido de los círculos no socialistas, con inclusión de los trabajadores católicos, junto a la socialdemocracia, pero se rehuyó la entonces anticuada denominación de «burgués», que sonaba a reaccionarismo. En la nueva democracia debían ser ciudadanos (Bürger; en alemán, «burgueses», al propio tiempo) todos, sin distinción de clase o estamento. Entonces la gran mayoría del pueblo se hallaba degradada a un nivel de vida que correspondía al del proletariado en el siglo anterior, cuando no quedaba, incluso, por debajo de éste. La antigua pirámide social parecía haberse desmoronado por causa del nacionalsocialismo, las destrucciones producidas por la guerra y la penuria de la posguerra. La reorganización económica y social suponía lo más apremiante en esta situación de general miseria. La Unión Cristiano-demócrata hincó sus jalones en la inmediación de los emplazamientos social-demócratas. Su gran «slogan» fué, en los primeros años de la posguerra, «socialismo cristiano», bajo lo cual podían entenderse cosas muy heterogéneas.

Al mismo tiempo surgió en Baviera un grupo especial con carácter independiente: la Unión Cristiano-social, sucesora del antiguo partido católico de Baviera, sólo que sobre una base más amplia. La Unión Cristiano-demócrata y la Unión Cristiano-social, que es la rama bávara de los cristiano-demócratas, son partidos independientemente yuxtapuestos, pero constituyen una fracción común en el Bundestag. Como tales partidos se respetan sus mutuos sectores. La Unión Cristiano-demócrata no presenta candidato alguno en Baviera y tampoco la Unión Cristiano-social —partido bávaro de los cristiano-demócratas— los presenta en el resto del territorio federal.

El tercero era el Partido Demócrata Libre, surgido de los círculos liberales de izquierda, a los que vinieron a agregarse los liberales de derechas y los conservadores. En su concepción más liberal económica, si bien modificada con respecto al antiguo liberalismo, se opuso a la socialdemocracia y se distanció del socialismo cristiano, asimismo de la Unión Cristiano-demócrata, en razón a sus objetivos liberal-culturales. Este partido abarcaba aquellos círculos que no querían decidirse ni por la Unión Cristiano-demócrata ni por el Partido Socialista Alemán, debido a intereses de índole económica o a ideas político-culturales.

El cuarto partido lo constituían los comunistas dirigidos por Moscú y por la zona oriental alemana.

A consecuencia del cambio radical de la situación, motivado por el nacionalsocialismo, la guerra perdida y la ocupación, las viejas ideologías se habían quedado sin una buena porción de su basamento. Entre los partidos

no comunistas ya no existía pugna alguna en torno a la Constitución, reconociéndose sin rodeos una parte de los progresos sociales. Las Iglesias perseguidas por el nacionalsocialismo se habían aproximado entre sí, pese a sus diferencias confesionales. Los Sindicatos, que hasta 1933 hicieron acto de presencia a través de diversas organizaciones, fueron reunidos en una sola, a saber: la Alianza Sindical Alemana (*Deutscher Gewerkschaftsbund*), al margen de la cual sólo se mantuvo un pequeño Sindicato de empleados. La representación de los intereses alemanes elementales ante las potencias ocupantes proporcionó inicialmente a los nuevos partidos escasas oportunidades de acusar discrepancias. Se las detectaba, con todo, pero no llegaban a manifestarse explícitamente, sino con dificultad.

* * *

Fué la reforma monetaria la que hizo que los partidos discudiesen por vías divergentes. Hasta entonces había dos valutas estrechamente vinculadas entre sí: el viejo papel moneda, que por sí solo nada valía, de no ir unido a tarjetas de autorización para adquirir víveres, ropa, utensilios domésticos, carbón, etc., en cantidades determinadas y a precios fijos. Al margen de esta economía legal existía la ilegal de la permuta espontánea de bienes y servicios. La primera y más importante condición para la reanimación de la economía, sin la cual no era posible superar la situación de miseria, era la estabilización de la moneda. A la sazón, en 1948 —o sea un año antes de instaurarse la República Federal—, la zona anglo-americana había obtenido un Gobierno provisional de Economía, Hacienda y Transportes, en el cual Ludwig Erhard, Canciller federal desde 1962, fué el titular de la cartera de Economía. Inmediatamente después de la estabilización monetaria había comenzado Erhard a restablecer, en lo posible, la libre competencia dentro del ámbito de la economía. Su lema fué: economía social de mercado. Sobre las teorías nacional-económicas del sedicente neoliberalismo se basó su política económica. La política de Erhard tropezó con la máxima resistencia por parte de la socialdemocracia.

Esta pretendía, juntamente con la estabilización monetaria, reestructurar la sociedad mediante una radical reforma de la economía con vistas a una organización de la economía planificada, socializando la gran industria y la industria pesada, así como efectuando una redistribución del capital. Se hallaba, además, persuadida de que la nueva política económica tendría que acarrear una nueva y gran catástrofe. Por el contrario, Erhard quería sanear la economía, restableciendo la libre competencia con la mayor amplitud posible y hacer seguir la ayuda social y la adopción de medidas compensado-

ras, sobre todo en favor de los refugiados. Los partidarios incondicionales de la política de Erhard fueron los demócratas libres y el ala económica de la Unión Cristiano-demócrata. El sector de asalariados pertenecientes a este partido dió muestras de escepticismo.

De esta suerte, la reforma monetaria y la política económica que siguió a ella —la primera gran tarea común y concreta de las tres zonas de ocupación de Alemania occidental— trajo consigo la perfilación de los partidos.

Este antagonismo se exteriorizó visiblemente en la creación del primer Gobierno de la República Federal en el otoño de 1949. Comoquiera que éste ya no se hallaba, en verdad, bajo el dominio, pero sí todavía —aunque en limitado alcance— bajo la tutela de los aliados occidentales, hubiera sido lo más natural que de los diez partidos que en conjunto había en el territorio federal hubiesen formado los tres más importantes, con el 85 por 100 de los mandatos, un Gobierno común. Sin embargo, no se llegó a un compromiso político-económico entre los partidos burgueses y el Partido Socialista Alemán. Ni la socialdemocracia ni los cristiano-demócratas se hallaban dispuestos a una coalición.

Konrad Adenauer —desde 1917 hasta su destitución por los nacional-socialistas en 1933 alcalde de Colonia, uno de los más destacados políticos centristas, sin haber sido jamás miembro del Reichstag, y finalmente presidente de la Unión Cristiano-demócrata— fué elegido Canciller federal por un voto de mayoría y formó el primer Gobierno, juntamente con los demócratas libres y con otro pequeño partido. En aquel Gobierno fué Erhard, como diputado de los cristiano-demócratas, ministro de Economía. El presidente del partido demócrata libre, Theodor Heuss —hasta 1933 diputado liberal-demócrata del Reichstag—, fué elegido Presidente de la República Federal. La formación de este Gobierno decidió el desarrollo del sistema alemán de partidos. Había una coalición gubernamental y un gran partido de oposición, cerrado en sí mismo, que era la socialdemocracia.

Otro gran antagonismo entre el Gobierno y la oposición se suscitó, a fines de 1949 y principios de 1950, en la política exterior. La opción de la política gubernamental en pro del bloque norteamericano-anglo-francés, cuya situación con respecto a la Rusia soviética se hizo cada vez más tensa, y la consiguiente integración de la República Federal en Occidente, con la finalidad de crear una confederación europeo-occidental atlántica, de una parte, y la reunificación con la zona de ocupación soviética —sólo factible con la aquiescencia de Moscú—, tenían por fuerza que excluirse mutuamente. La controversia residía en dar la prioridad a la reunificación —que es lo que preconizaba la socialdemocracia—, o bien a integrarse en Occidente.

Un tercer antagonismo se produjo, a partir de 1952, en la cuestión del rearme, propugnado por Adenauer y combatido por la socialdemocracia.

La Unión Cristiano-demócrata y la Unión Cristiano-social, partido bávaro de los cristiano-demócratas, no tenían un programa propiamente dicho al hacerse cargo del Gobierno. Su programa social de 1947, que se había acercado al socialista en sus tendencias hacia la economía planificada y a la socialización de la gran industria y de la industria pesada, las había echado a un lado en la orientación política seguida con posterioridad a 1948, sobre todo bajo la influencia de Erhard. Adenauer, el indiscutible jefe del Gobierno y del Partido, impuso el rumbo que había de darse a la política exterior. Desde un principio tuvo una concepción propia en materia de política exterior y a ella se ajustó la política del Gobierno. Una y otra vez logró ganar el apoyo de su partido para esta concepción suya y su realización práctica. Bajo el efecto de la marcada posición rectora de Adenauer en el Gobierno y en su partido surgió el «slogan» de la «democracia del Canciller». En política interior se dejó aquél guiar, en primer término, por la finalidad de ganar una y otra vez las elecciones, con el fin de consolidar así su Gobierno y poder proseguir su política exterior. Por motivos de política electoral calificó a la socialdemocracia como a su más rudo adversario —y así lo era en política exterior—, pero en el ámbito práctico de la política interior se aproximó a ella mediante una amplia legislación social en interés de los refugiados, pensionistas y trabajadores. Satisfacía así, en un amplio frente, las necesidades de tipo social, pero trataba, al mismo tiempo, de cortarles las alas a la socialdemocracia. Sus medidas de ayuda —también en favor de los campesinos— las adoptó en tal modo, que tenía siempre la probabilidad de captar el mayor número de electores. Tan coherente era la política exterior de Adenauer como tan poco sistemática era su política interior.

Adenauer quería impedir, con las miras puestas en la unidad de su partido, que, al socaire de éste, se formasen partidos de estamentos o de intereses, tal como habían existido en la República de Weimar, y que éstos se disociasen de aquél. Semejante peligro se dió durante algún tiempo entre los campesinos. En ello ha de verse la especial atención que les dedicó. Adenauer se vió constantemente precisado a no perder de vista los específicos intereses del ala izquierda de la Unión Cristiano-demócrata, cuyo núcleo lo constituían los obreros católicos. En la legislación social, el ala izquierda tenía, juntamente con la socialdemocracia, una posición muy fuerte en el Parlamento.

* * *

En 1949 había surgido un partido de intereses, por decirlo así, exento de ideología: el de los refugiados y expulsados. La integración social, econó-

mica y, por ende, política de los refugiados y expulsados --cuyo número asciende en el momento actual a diez millones, lo que representa, pues, casi una quinta parte de la población - se ha logrado en su mayor parte. Con ello se ha alcanzado la meta que se había propuesto el partido de los refugiados, el cual había formado transitoriamente parte del segundo Gobierno de Adenauer, de forma que ha perdido su razón de ser, lo que trajo consigo su desintegración. Tanto un partido de campesinos que acaso se creara como un partido de refugiados que todavía perdurase, habría podido propender a tendencias de un radicalismo nacional, merced a las cuales se hubiera formado una base demagógicamente eficaz. Los partidos nacional-radicales pueden prosperar en todo momento. Hasta ahora no han tenido oportunidades. Antes de las últimas elecciones para el Bundestag, celebradas en 1965, un partido -- el nacional-demócrata -- hizo un nuevo intento para ponerse en marcha. En dichas elecciones consiguió 660.000 votos, lo que supone un 2 por 100 del número total de votantes.

En el primer Bundestag de 1949 había diez partidos, siete de los cuales eran de poca trascendencia; de estos últimos pudieron sostenerse únicamente dos en la segunda Dieta federal de 1953, y en el tercero solamente uno. En la actualidad no existen más que tres partidos, esto es, los cristiano-demócratas y el partido bávaro de los cristiano-demócratas, fusionados en una fracción, así como los demócratas libres y la socialdemocracia. Este proceso de contracción y, al fin y a la postre, de plena eliminación no constituye un hecho esporádico, sino que representa también una consecuencia del sistema electoral. Los electores tienen dos votos. La mitad de los diputados se elige en los distintos distritos electorales, basándose invariablemente en la mayoría relativa. La otra mitad se elige de acuerdo con el sistema proporcional y en listas pertenecientes a los once Estados federados. A tal fin, en las listas de cada Estado se tienen en cuenta los diputados de los distritos electorales. Sin embargo, en las listas de los Estados federados no se cuentan los votos de aquellos partidos que hubieran obtenido en los distritos electorales menos del 5 por 100 de los votos en contra o bien menos de tres mandatos. Así, al partido nacional-demócrata, que, aritméticamente, habían de corresponderle algunos escaños en el Bundestag, no hubiera obtenido ni uno solo. En esto consiste la denominada cláusula prohibitiva. Muchos electores sienten por ello recelo en votar a pequeños partidos, porque abrigan el temor de que éstos no logren el éxito apetecido. Esta reglamentación se ha puesto deliberadamente en práctica, al objeto de eludir la creación de partidos minúsculos y para que por causa de ellos no se vea entorpecida la formación del Gobierno.

Con arreglo a la Constitución, aquellos partidos que traten de menosca-

bar o de suprimir la ordenación básica liberal-democrática pueden ser prohibidos, a instancia del Gobierno o del Parlamento, por el Tribunal Constitucional Federal, cuya actuación tiene carácter independiente. Es éste un precepto acogido en la Constitución en vista de las experiencias hechas en tal sentido por la República de Weimar.

En 1952, el partido socialista del Reich fué prohibido en razón a sus objetivos nacionalsocialistas, y en 1956 lo fué el partido comunista, que ya no había logrado puesto alguno en el Bundestag.

La Unión Cristiano-demócrata y la Unión Cristiano-social —el partido bávaro de los cristiano-demócratas— lograron en 1953 en el Bundestag una mayoría, si bien muy exigua, y en 1957 una mayoría absoluta, siendo hasta 1961 el único partido gubernamental. En el cuarto Bundestag de 1949, así como en el quinto, correspondiente a 1965, ya no alcanzó tal nivel, formándose un Gobierno en coalición con los demócratas libres. En el Bundestag tienen en la actualidad 245 puestos la Unión Cristiano-demócrata, juntamente con el partido bávaro de los cristiano-demócratas; la socialdemocracia, 202, y los demócratas libres, 49 escaños.

* * *

A partir de 1957 existe, de hecho, el sistema de tres partidos. Este sistema difiere del correspondiente al Reich y a la República no sólo por el número de partidos considerablemente menor, sino también por la circunstancia de que los tres partidos prestan su adhesión fundamental a la Constitución. Por consiguiente, no existen dudas de ninguna especie en cuanto a política constitucional —como así acontecía en la República de Weimar— de hacerlos permutar en el Gobierno. En principio, todo partido puede unirse a otro para formar una coalición. El mismo sistema existe esencialmente también en los países que cuentan con Gobiernos y Parlamentos propios.

La relación cambia en los distintos Estados federados. En cuatro de éstos, el mayor partido es la socialdemocracia; en los demás es la Unión Cristiano-demócrata, pero en todos los Estados federados el menor es el partido demócrata libre. La socialdemocracia y la Unión Cristiano-demócrata son los partidos principales. Sin uno de ellos no sería posible formar Gobierno. Los demócratas libres constituyen un partido secundario, el cual únicamente debe incorporarse a la formación de Gobierno si ninguno de los partidos principales ha alcanzado la mayoría absoluta. En los Estados federados hay toda clase de coaliciones, abstracción hecha del Gobierno integrado por todos los partidos. En cinco Estados había una coalición C. D. U.-F. D. P.; en dos, una del S. P. D. y el F. D. P., y en uno, una del C. D. U. y el S. P. D. En

otros dos gobernaba el S. P. D. solo; en uno, el C. D. U. Dado que los Estados tienen que desempeñar en primer término funciones administrativas, las variantes de coalición son en ellos más fáciles que en la federación, en cuyas manos está la promulgación de leyes fundamentales. En varios Estados federados un partido ha venido formando parte del Gobierno sin interrupción, lo cual contribuye a la paz interpartidista poderosamente, pese a toda clase de tensiones.

Estas diversas combinaciones de partidos en los Gobiernos de los Estados federados son tanto más significativas, ya que constituyen una especial Corporación legislativa, paralelamente al Bundestag, que es el Parlamento propiamente dicho. Se trata del Consejo Federal, el cual representa tal vez una institución única en el mundo. Según sea la extensión del Estado federado, su Gobierno dispone de tres, cuatro o cinco votos, que emite conforme a sus instrucciones uno de sus representantes. El parlamentarismo federalista, con la cooperación de los Gobiernos de los Estados federados en la legislación federal, ha evitado hasta ahora que un partido se haya visto apremiado en cualquier momento a actuar plenamente en la oposición. Puesto que la cesura entre Gobierno y oposición no es uniforme, en todo momento colabora con grupos regionales de la oposición uno u otro grupo de los partidos del Gobierno federal. El hecho de que jamás haya habido un partido que prevaleciese exclusivamente sobre la totalidad del Estado ha contribuído, pese a todas las tensiones, a atenuar los antagonismos.

* * *

A una suavización de los contornos de los partidos, todavía muy marcados en la I República, ha contribuído también de modo considerable la creciente importancia de las asociaciones extraparlamentarias. Ha aumentado inusitadamente la influencia de los Sindicatos, la Hermandad de Agricultores, de las organizaciones de la industria, del comercio y de la artesanía, las Asociaciones de refugiados, pensionistas y funcionarios, declinando al mismo tiempo su acento en lo que atañe a la política de partidos. Las Asociaciones, con sus representantes, han impuesto los partidos. No hay una gran Asociación —prescindiendo de las organizaciones de la industria y de las empresas comerciales de relieve— que no se halle representada, a la vez, en el partido demócrata libre, si bien frecuentemente en diversa proporción, por lo que a su importancia se refiere. Los representantes de los Sindicatos, orientados esencial, mas no exclusivamente, hacia el ámbito social-demócrata, así como los de las Asociaciones de agricultores, funcionarios y pensionistas, se han fusionado en el Parlamento en grupos suprafraccionales de trabajo. El

número de diputados libres que no se apoyan en Asociaciones o en grandes consorcios decrece en cada elección que pasa. Bien es verdad que los ministros --salvo excepciones-- y los elementos más destacados que actúan en todas las fracciones siguen conservando, aún hoy, su independencia con respecto a las Asociaciones. Desde luego que algunas agrupaciones, como, por ejemplo, las organizaciones de industriales, por un lado, y los Sindicatos, por otro, tienen centros de gravedad en determinados partidos. Pero todas las agrupaciones hacen representar sus intereses por todos los partidos y los contraponen. Este pluralismo lo ha tenido en cuenta precisamente Adenauer en su política interior. Su propio partido proviene de Asociaciones, al paso que, en la socialdemocracia, los Sindicatos aventajan en importancia a todas las demás Asociaciones. A pesar de todo, entre la socialdemocracia y los Sindicatos no se da una relación de interdependencia o de unilateral dependencia. Al contrario, no pocas veces se acusan considerables tensiones entre ellos por lo que concierne a diversas cuestiones. La esencia de las modernas agrupaciones ha reducido mucho la anchura y la profundidad de las zanjas ideológicas entre los partidos. Por otra parte, con su tendencia a subrayar, o al menos a defender el nivel económico propio y de la clientela, así como con su rechazo de todo menoscabo de lo conseguido, la fuerza de las agrupaciones estorba una política congruente de atención a las prioridades hacendísticas, que en el moderno Estado distributivo del bienestar constituyen el nervio de toda la política interior, y con ello la determinan en sumo grado.

Mientras que la socialdemocracia aspiraba, por de pronto, a reformar la estructura social, la Unión Cristiano-demócrata, orientada hacia objetivos mucho más conservadores, quería rehuir la implantación de medidas fundamentales en tal sentido y remediar más bien situaciones críticas de índole social o económica, o bien situaciones desfavorables por vía de prestaciones sociales y subvenciones con logros previstos. Ello sólo fué factible gracias a un auge económico insólito y constante, que permitió distribuir los superávits provenientes de los impuestos. Esta expansión económica dió lugar a que se aburguesase rápidamente la Alemania de la posguerra, que, de momento, se había proletarizado. No solamente se inició un proceso de reaburguesamiento de las capas burguesas, empobrecidas por efecto de la guerra y sus consecuencias, sino que se dió un proceso de aburguesamiento de los trabajadores. La sociedad se aproximó, los antagonismos sociales se atenuaron, cediendo asimismo las diferencias sociales. El nuevo proceso democratizante, de nivelación social, se realizó en condiciones económicas esencialmente más favorables, y a un nivel de vida más elevado que en tiempos de la I República y su posguerra. Si en la crisis económica de los años treinta incurrieron en radicalismo, desde la periferia exterior de los partidos, los por

ella afectados o amenazados — sobre todo—, ahora se concentraba en dichos sectores el bienestar social, hasta el punto de que faltan por ambos extremos los partidos radicales, que muy difícilmente llegan a emerger, dadas las cláusulas y prohibiciones constitucionales. En la población propiamente dicha existe en gran modo una aversión contra toda radicalización, debido también a las vivencias bajo el régimen nacionalsocialista y al hecho, así como a la impresión directa de que la otra parte de Alemania se halla bajo el dominio comunista.

Amplios círculos laborales ascendieron a la clase media en las circunstancias económicas de los años cincuenta; el programa tradicional, aun remozado, de la socialdemocracia ya no correspondía a las necesidades sociopolíticas. La socialdemocracia había sido hasta 1933 un partido de clases. La reestructuración social la impulsó a convertirse en partido populista, que así fué la Unión Cristiano-demócrata. En las elecciones de 1953 y 1957 el partido había sufrido imponentes derrotas. En 1953 había perdido a su fuerte, voluntarioso e importante jefe, Kurt Schumacher. Su sucesor, Ollenhauer, trató de servir de mediador entre una tendencia cada vez más acentuadamente reformista y la orientación tradicional, con el fin de salvaguardar la unidad del partido. Tras su fallecimiento en 1963, el alcalde de Berlín, Willy Brandt, que a la sazón tenía cincuenta y dos años, se hizo cargo de la jefatura y presidió el partido, juntamente con los diputados del Bundestag Wehner y Erler, quien es al mismo tiempo presidente de la fracción. Los tres son destacados representantes del grupo reformista. Un nuevo programa, objeto de minuciosa revisión —el de Godesberg—, se había fijado ya en 1960. El partido hizo renuncia a partes esenciales de sus fundamentos tradicionales. Admite, en principio, la economía social de mercado, si bien con mayores reservas y posibilidades de rectificación que los cristiano-demócratas. Pone empeño en llegar a una inteligencia con las Iglesias. Las diferencias programáticas —en tanto quepa hablar de ello— se dan entre la Unión Cristiano-demócrata y la socialdemocracia más bien en el acento que en los antagonismos, los cuales se ponen claramente de manifiesto. La socialdemocracia subraya el término «social»; la Unión Cristiano-demócrata, el de economía de mercado. El partido ha sido designado ahora como social-liberal.

Con anterioridad a esto se produjo un acercamiento *de facto* entre la socialdemocracia y la Unión Cristiano-demócrata. En 1954 se llegó ya a un acuerdo para modificar la Constitución en cuanto a la organización de la defensa, que supuso la premisa jurídica para la implantación del servicio militar obligatorio y la organización de las Fuerzas Armadas. En 1959 la socialdemocracia reconoció fundamentalmente para el porvenir los resultados alcanzados por la política exterior de Adenauer, lo cual concernía, en

primer término, a la incorporación de Alemania como miembro de la Comunidad Económica Europea y de la O. T. A. N. En negociaciones directas con el primer ministro ruso Jruchof, tuvo la socialdemocracia que darse cuenta en Moscú que los rusos, por ningún concepto y en forma alguna, aprobarían la reunificación. Al acercamiento en la política de defensa y en la política exterior sigue la de índole político-económica a través del programa de Godesberg. Sin embargo, no constituyó esto un proceso de carácter unilateral, toda vez que la Unión Cristiano-demócrata se había aproximado a la socialdemocracia en la política social, apremiada por su ala izquierda, pero sobre todo por razón de los intereses de Adenauer en lo referente a la táctica electoral.

Si bien es verdad que la socialdemocracia había logrado —no en último término, por razón de esta actitud— incrementar el número de mandatos de 164 a 190 en la cuarta elección para el Bundestag de 1961 y en la quinta de 1965 a 202, no consiguió, con todo, llegar a participar en el Gobierno. La desconfianza por parte de amplios sectores de la burguesía —sobre todo en el período de auge económico— subsistió por efecto de un criterio preponderantemente tradicional.

La cesura en la evolución de los partidos después de 1945 se halla al separarse Adenauer del Gobierno en el otoño de 1963. Fué la gran figura política, por la que se habían orientado tanto sus partidarios como sus adversarios. En 1953, en 1957 y todavía en 1961 se hallaba en el punto céntrico de la lucha electoral. El sucesor de Adenauer fué Ludwig Erhard, cuya personalidad no posee la brillantez de aquél, no tiene el virtuosismo de su técnica gubernamental ni tampoco cuenta con la incuestionable posición rectora en el seno del partido. Adenauer se hallaba en el centro del partido. Erhard, junto a él. Consecuencia de ello es que las luchas por la jefatura dentro del partido han venido a aumentar las tensiones que Adenauer domó constantemente sin dificultad. El partido ha tenido que depender en muchísima mayor proporción de sí mismo, lo cual se patentiza en que la política exterior se discuta ahora intensamente en sus filas. Todavía no puede afirmarse con seguridad si a Erhard, que tiene sesenta y nueve años de edad, lo volverán a presentar los cristiano-demócratas como candidato a la Cancillería en las próximas elecciones de 1969. Esto probablemente no se decidirá hasta el otoño de 1967. De esta decisión dependerá asimismo que Erhard deje de ser Canciller o siga siéndolo pasado el otoño de 1967. Bien es verdad que existen aspirantes al puesto de Canciller, que rivalizan entre sí, pero no aparece un sucesor ampliamente reconocido por la Unión Cristiano-demócrata.

Al frente de la socialdemocracia se halla el triunvirato de los tres refor-

madores Brandt, Erler y Wehner. Hasta ahora no se ha producido la crisis que se le auguró a la socialdemocracia si mediante las elecciones de 1955 no lograba participar en el Gobierno. Pero acaso también se han acrecentado las tensiones en este partido, el cual, en cuanto a su organización, es al mismo tiempo el más democrático y el más disciplinado. Con todo, existe la posibilidad de que todavía antes de las próximas elecciones se modifique la composición de la presidencia por tres miembros.

El presidente del partido demócrata libre es el Dr. Mende, que tiene actualmente cuarenta y nueve años, y que es a la vez vicescanciller del Gobierno. Se trata de un político muy dinámico, muy ingenioso en la táctica, a quien le cuesta mucho trabajo mantener, entre los grandes partidos, la existencia del suyo, pequeño y debilitado con la pérdida de 19 puestos en el Parlamento.

Se había iniciado un cambio de generaciones en un amplio frente. Los dirigentes de los partidos, después de 1945, habían sido, por lo pronto, políticos de la I República, diputados en su mayoría, y algunos de ellos, incluso ministros. Estos quedaban relegados ahora a segundo plano. En parte, se ha saltado por encima de una generación. La edad de un considerable número de los nuevos políticos más prominentes oscila entre el final de los treinta hasta comienzos de los cincuenta. En ningún partido decide ya ahora un solo jefe, como lo habían hecho Adenauer y Schumacher. Los gremios rectores, cuya composición puede cambiar, tienen que darse explicaciones y ponerse de acuerdo mediante soluciones de compromiso.

Pero también puede advertirse una cesura política de índole general. Se ha dado por terminada la primera fase de la reinclusión de Alemania en la política mundial y su reestructuración estatal y social. Se han reducido las posibilidades de avanzar ampliamente y se han impuesto límites a la actividad y a la iniciativa. De momento no cabe hacer mucho más que transigir y salir del paso con habilidad y con cautela. En tal sentido, la labor de Erhard es también muchísimo más ardua que la de Adenauer. Puede hablarse de un estancamiento en la política interior y exterior. La ofensiva se ha convertido bruscamente en guerra de posiciones.

Posiblemente la aproximación de los partidos se ha visto facilitada por la desideologización y la pragmatización consiguientemente creciente de los partidos, que supone asimismo una secuela del pródigo Estado de bienestar y del creciente poderío asociativo. La controversia se centraba hasta ahora en el reparto anual de los excedentes de impuestos. En este aspecto se acercan los partidos recíprocamente, mientras que se alejan en la pugna por nuevos impuestos y nuevos recargos tributarios —como en la gran crisis económica de los años treinta—, tendiendo a la radicalización o viéndose

incluso impulsados a ella, en caso de existir partidos de alas radicales, la crítica situación financiera de la República Federal puede traer acaso consigo aumentos fiscales y la lucha que por ello se entable puede exacerbar los antagonismos.

Todavía los partidos —sobre todo los dos grandes— buscan su acercamiento, si bien obedeciendo a razones muy diversas. La Unión Cristiano-demócrata se halla a la defensiva. Pretende mantener su potencialidad, y a ser posible, volver a acrecentarla hasta alcanzar la mayoría absoluta que ostentaba hasta 1961. Por consiguiente, tiene que tratar de impedir el éxodo de estratos y sectores que tienden a afiliarse a la socialdemocracia. Ello significa que, en política práctica, se acerca a ella, al objeto de evitar que la socialdemocracia se robustezca y pueda así convertirse en partido gubernamental. Expresado en otros términos: los cristiano-demócratas quisieran volver a tener la mayoría absoluta, pero se hallan dispuestos a proseguir la coalición con los demócratas libres. En caso de necesidad, si no queda otro remedio, afrontará la coalición con la socialdemocracia. En ningún caso pasará a la oposición, pues sabe lo que el Poder significa.

En cambio, la socialdemocracia —que estuvo durante dieciséis años en la oposición— se halla a la ofensiva. Ciertamente no cree que después de las próximas elecciones pueda excluir del Gobierno a los cristiano-demócratas, pero acogería de buen grado una coalición con ellos. En todo caso, quiere mantenerse en forma para estar en condiciones de gobernar, y ello al objeto de disipar la desconfianza que parece reinar todavía en grandes grupos de electores. Para la socialdemocracia supone la coalición gubernamental con la Unión Cristiano-demócrata la transición a un posible Gobierno único en elecciones venideras. Sin embargo, sólo podrá llegar a ser capaz de gobernar, si es del agrado de los electores, que tienden hacia la Unión Cristiano-demócrata y que se hallan entre ésta y aquélla. Los cristiano-demócratas se acercan a la socialdemocracia en lo que afecta a la política práctica con el fin de mantener a aquélla alejada del Gobierno. La socialdemocracia va al encuentro de los cristiano-demócratas para participar en el Gobierno.

En una sociedad plenamente democratizada, en la cual más del 75 por 100 vive preponderantemente de salarios y sueldos, y que no se ve abrumada por serios conflictos político-constitucionales ni por otros agudos antagonismos en materia de principios, existe acaso la tendencia a suavizar las diferencias entre los partidos. A la nivelada sociedad de masas responde un sistema de partidos que se aproximen.

Ya las vacilaciones de los partidos en la última pugna electoral indican cuán difícil les es destacar las diferencias entre sus objetivos programáticos y prácticos. Las ideologías diluidas y contraídas no ofrecen ya ninguna nueva

base programática. Por este motivo los partidos tratan de quitarse los «slogans» actuales. Los obsequios electorales —pruebas, precisamente, de favores dispensados a grupos determinados— los sustituyen hoy, en primer término, las subvenciones de diversa índole, los programas. Cada vez con mayor pujanza pasan los dirigentes políticos a primer plano, lo cual se ve también favorecido por la televisión. La presencia de los elementos dirigentes desempeña un papel cada vez mayor en la política. Por otra parte, la propaganda electoral se ha comercializado en gran modo, esto es, se asemeja a los reclamos publicitarios en el ámbito de la economía. La personalización de la lucha electoral constituye un típico fenómeno en tal sentido.

La Unión Cristiano-demócrata, con sus 242 diputados en el Bundestag, cuenta con unos 300.000 afiliados. Bien es verdad que hoy en día es un partido altamente organizado y muy burocratizado, pero todavía no ha renunciado en modo alguno a su carácter de partido de notabilidades. Constituye el partido socialmente menos homogéneo. Constantemente se ve precisado a negociar soluciones de compromiso entre sus grupos de intereses y a esforzarse en mantener la disciplina entre sus diputados, lo cual sólo en parte consigue. La proporción de católicos y protestantes en la población de la República Federal es de una magnitud casi idéntica, pero el número de afiliados católicos a la Unión Cristiano-demócrata es considerablemente mayor que el de protestantes. La solidaridad de sus afiliados y diputados católicos es, en general, más intensa que la de los protestantes. A pesar de todo, en la política del partido se respeta rigurosamente la paridad confesional. Comoquiera que todavía existe un sinnúmero de Asociaciones católicas bien organizadas y disciplinadas, puede el partido apoyarse en ellas. No cabe la menor duda de que también en regiones pura y preponderantemente católicas presta la Iglesia cierta labor de ayuda, pero los sacerdotes se han retirado totalmente de la política práctica. Mientras que el clero protestante —que jamás ha tenido la cohesión de los católicos— poseía una orientación predominantemente conservadora, la actitud de los pastores protestantes —en tanto se hallen orientados hacia un partido— es en la actualidad mucho más diferenciada.

Notoriamente más homogéneo que la Unión Cristiano-demócrata es su fraterno partido bávaro, al cual pertenecen preponderantemente sectores católicos burgueses y campesinos. Últimamente se ha granjeado una mayor independencia con respecto a la Unión Cristiano-demócrata y se ha distanciado más de ella. Su jefe, Franz Josef Strauss —uno de los políticos de más clase y a la vez más discutidos, que posee concepciones propias— hubo de retirarse del Gabinete en 1962 a causa de un grave conflicto con los demócratas libres, apoyados por la socialdemocracia. Por consiguiente, los motivos

del distanciamiento entre los dos partidos hermanos son, en primer término, de índole personal.

Un típico partido de notabilidades lo constituyen los demócratas libres. Socialmente es el más homogéneo. Entre sus afiliados figuran sobre todo los sectores urbanos —todavía independientes, pero también los pertenecientes a la clase media rural. Sin embargo, a consecuencia del individualismo liberal, y por razón de la falta de solidaridad de estas capas sociales, es heterogéneo, y por tal motivo se halla expuesto a crisis. Muestra escepticismo por el Estado del bienestar, pero tiene que desviarse constantemente de sus propios principios, a fin de captar electores, según venga al caso. Preconiza un rumbo restaurativo en amplios sectores de la política social, pero sostiene, al mismo tiempo, un punto de vista resueltamente liberal en la política cultural. Este partido tienen que poner constantemente a prueba ante sus electores su propia razón de ser, y ésta es la razón de que no sea muy cómodo compartir con él una coalición. En toda su tendencia se siente más inclinado hacia los cristiano-demócratas —en donde éstos fortalecen el ala de los empresarios— que a la socialdemocracia, a la cual le ligán sobre todo ideas liberal-culturales. Tiene una proporción de votos del 9,5 por 100, y por esta causa su existencia se ve amenazada. En una organización de masas apenas puede apoyarse. No cuenta con ninguna personalidad tan perfilada que esté tan en el centro del interés general, como es el caso de Erhard y Brandt, aunque ninguno de ellos haya alcanzado ni de lejos el grado de popularidad de un Adenauer. La participación de miembros en proporción a los diputados es en su caso probablemente inferior aún a la del C. D. U.

El partido relativamente mejor organizado —y todavía el único— es la socialdemocracia. Con sus 202 diputados en el Bundestag, posee unos 700.000 afiliados. Es el partido y la fracción que cuenta con mayor disciplina. Bien es verdad que en el seno de la fracción, y también entre los gremios dirigentes, se lucha con dureza; pero pasado esto todos respetan, por regla general, la decisión tomada con inclusión de la minoría que haya sustentado un criterio divergente. Por otra parte, es más tarda en maniobrar que los cristiano-demócratas y que los demócratas libres, pues a causa de su democracia interna de partido —en ella intensísimamente acentuada— se ve precisada a informar a sus afiliados antes de efectuar virajes fundamentales, captándolos así para tal fin. La socialdemocracia se halla en condiciones —merced a la disciplina y a la cohesión de sus afiliados— de sufragar sus gastos corrientes preponderantemente a base de las cuotas que percibe. Para la lucha electoral obtiene probablemente importantes donativos del Sindicato y de sus empresas. El Sindicato cuenta con muchos fondos. Los otros dos partidos viven, en su mayor parte, de donativos provenientes del mundo.

de la economía. En virtud de una disposición tomada por la mayoría gubernamental del Bundestag, los partidos reciben, desde hace poco, 38 millones de marcos al año. Cada partido obtiene un 5 por 100 en igual cuantía. El resto se distribuye de acuerdo con la importancia de su representación en el Bundestag. Existe, por tanto, una financiación estatal de los partidos, pero exclusivamente de los que estén representados en el Bundestag.

Los partidos existentes gozan de una situación de privilegio en toda una serie de aspectos, y no sólo por razón de hallarse financiados. Es extraordinariamente difícil crear un nuevo partido y hacer que en las elecciones logre tal éxito que salve la cláusula prohibitiva del 5 por 100. Esta es la razón de que se haya producido cierto entumecimiento. El gran problema estriba en saber si podrán renovarse interiormente.

En política exterior no existe, ciertamente, unanimidad entre los tres partidos, pero tampoco se acusan recios antagonismos. Secundan la Alianza Atlántica, la Comunidad Económica Europea y se aferran al derecho de reunificación. Sin embargo, pueden surgir inmediatamente discrepancias cuando se ventila el modo y la manera de alcanzar estos objetivos o bien de aproximarse a ellos. También en política interior existen actualmente sólo matizaciones de disparidad. Pero también a la atenuación de las diferencias puede seguir una agudización si a los partidos vuelve a planteárseles concretas tareas de carácter fundamental, como lo fué la política económica tras la reforma monetaria.

Debido al mutuo acercamiento de los partidos se han hecho éstos más aburridos también para los electores. La suavización de la lucha de partidos corre parejas con la indolencia partidista de la población. Desde que —cuando menos, formalmente— se abrió paso la organización y el proceso democráticos, va cediendo cada vez en mayor grado la pasión política. Por otra parte, parece como si fuese en aumento el interés político de la juventud por los problemas políticos, su comprensión por ellos y su capacidad política de discernimiento. De ser así, la tendencia hacia un indiferentismo político-partidista supondrá entonces un indicio de reciente estabilización de la democracia.

THEODOR ESCHENBURG

R É S U M É

Dans sa très fine étude l'auteur nous offre une vue d'ensemble du système des partis politiques en République fédérale allemande. Après une brève ébauche des cinq grands partis de l'Empire (Conservateur, Libéral et Con-

servateur, Catholique, Libéral et Démocrate et Social-démocrate) après en avoir signalé les limitations, la disparité, leur survie pendant la République de Weimar, puis l'apparition vers l'année 1920 de deux nouveaux partis, le parti national-socialiste hitlérien et le parti ouvrier communiste et la constitution de petits partis qui entravaient la formation de gouvernements stables, l'auteur passe en revue les nouveaux partis surgis après la débâcle de 1945 avec l'autorisation des alliés: Démocrate Chrétien (Union Chrétienne et Démocrate), Démocrates libres (Parti Démocrate libre), Démocratie-sociale (Parti Socialiste Allemand) et les Communistes (Parti communiste allemand). De ces quatre grands partis, les trois premiers seulement ont subsisté.

C'est à partir de la réforme monétaire et de la politique économique qui s'ensuivit que les partis en question vont se dessiner clairement, les premiers chocs se produisant lors de la création du premier Cabinet sur des questions de politique étrangère, de réarmement, etc., et quelques uns de ces partis manquant de programme propre. En 1949 va naître le parti des réfugiés et personnes déplacées, mais la clientèle de ce parti ayant retrouvé son foyer, ses ressources économiques et son influence et ambiant politique, le parti dut être dissous. Il y avait dix partis au premier Bundestag de 1949, dont sept sans importance. De ces sept partis on en revit deux à la deuxième Diète et un seulement à la suivante en 1953. Actuellement il n'y a plus que trois partis, les socialistes, les démocrates chrétiens et les démocrates libres. C'est une étude très poussée de ces trois partis qui va constituer désormais le sujet de cet article.

S U M M A R Y

The author, in a very keen survey, revises in this article the party system in the Federal Republic of Germany. After giving a brief history of the five main parties of the Empire (Conservatives, Liberal-Conservatives, Catholics, Liberal-Democrats and Social-Democrats), their delimitations, disparities, their maintenance in the Weimar Republic, the appearance at the beginning of the twenties of two new parties: the National-Socialists of Hitler and the Communist Workers Party, and the constitution of small parties that hindered the formation and operation of the Government, he goes on to study the new parties arisen after the collapse of 1945 with the consent of the Allies: the Christian-Democrats (Christian Democratic Union), the Free Democrats (Free Democratic Party), Social-Democracy (German Socialist Party), and the Communists (German Communist Party). Of these four parties, only the first three have survived.

The monetary reform and the economic policy that followed on brought

about the outlining of these parties. The antagonisms arose with the creation of the first Government, foreign policy, the question of rearmament, etc. Some parties lacked a proper programme. In 1949 there arose a party of interests exempt from ideology; that of the refugees and exiles which, on gaining social, economic and finally political integration was dissolved. In the first Bundestag of 1949 there were ten parties, seven of which were of small importance. Of these latter, only two remained in the second federal Diet of 1953, and in the third only one remained. At present there are only three parties: the Christian-Democrats, the Free Democrats, and the Social Democracy. The detailed study of these three parties makes up the rest of the article.

